

Sección a cargo de Guillermo Fernández



Italia en La Colmena

Dacia Maraini

MACACA

—No señor comisario, o señora comisaria, ¿cómo debo llamarla?, discúlpeme, no quería hacerle daño, sólo quería que él me pagara al menos una vez, porque nunca me había pagado, nunca... Durante el día me telefoneaba treinta veces de su oficina: «Macaca, ¿cómo estás?», y nunca un pleito... me lo envidiaban todas mis amigas, decían: «te adora», y eso era muy cierto. Y luego, creo que en el segundo año de matrimonio, una mañana me dice: «ven aquí, Macaca.» El me llama así, *macaca*; lo hace por cariño y porque, según él, parezco una mona. Me llama, pues, y me dice, «Enséñame las manos, Macaca.» Se las muestro bajo la nariz y él tuerce la boca: «Están maltratadas. ¿Dónde están aquellas manos tan bonitas, por las cuales me case contigo?» «No sé; tal vez se deba a los detergentes...» Luego me dice: «Arrodíllate y pide perdón.» «Pero ¿perdón de qué?» «Perdón por haber transformado aquellas manos tan bonitas en manos de ama de casa.» «Pero Pippo...» «Si me amas arrodíllate. Es un juego, Macaca, es un juego; no podemos ser siempre tan serios. Juguemos un poco, ¿no? Todo es tan aburrido...» Me arrodillé, y él, riendo, me dio una cachetada. «Para que aprendas a no arruinarte las manos. Ahora pide perdón.» «Pero por qué, Pippo.» «Por haber cambiado y haberme aburrido.» Era la primera vez que mi marido me daba miedo. No lo entendía, no sabía qué quería de mí. Pero luego todo volvió a la normalidad. A cada rato me telefoneaba de su oficina: «Macaca, ¿cómo estás? Te amo, tú sabes que te amo mucho.» Y volvía a sentirme segura. Pero ya en la noche, no hacíamos el amor, se dormía en un dos por tres y empezaba a roncar. Poco después comprendí que eso sucedía porque él bebía mucho. Botella tras botella, y nuestra cocina se había vuelto un depósito de cascotes. «Me aburro, Macaca, me aburro», decía algunas veces en cuanto se

despertaba. «¿También te aburres en el trabajo?» «Sobre todo en el trabajo. ¿Qué debo hacer?» «¿Quieres que hagamos un viaje? Pide algunos días a cuenta de vacaciones...» «No; basta con tal idea para aburrirme mortalmente.» Ahora se quedaba dormido en cualquier momento del día: en la mesa, mientras comía; en la silla, delante del televisor, hasta en el ascensor, al entrar o salir del trabajo. Yo siempre tenía miedo de que se quedara dormido en el coche. Una noche me dice: «Macaca, tengo una buena idea. Tú me quieres, ¿verdad? Entonces haz algo nuevo que me libre del aburrimiento.» «Dime.» Parecía sobrio, pero le brillaban los ojos. «Un amigo mío va a venir a las once. Yo salgo y te dejo. Sedúcelo. Luego regreso y nos divertimos.» «Pero yo, Pippo...» «Pero yo ¿qué?, Macaca. Es algo nuevo, ya verás que te gusta. Empieza diciéndole algo bonito acerca de su cuerpo; luego te acercas a él, cada vez más, le dices algo al oído y la cosa ya está.» «Pero si no lo conozco, ¿quién es?» «¿Quieres saber si es guapo? Bien, te aseguro que sí. Somos muy parecidos, de modo que no te costará ningún esfuerzo...» «No, Pippo, ni lo pienses. Te quiero bien a ti, no a ese hombre que ni siquiera conozco.» «Observación típicamente femenina: como si sólo se pudiera hacer el amor con quien se ama... El cuerpo es el cuerpo, ya verás que te gusta, relájate.» «Pero Pippo, nunca lo he visto...» «Eso no importa: cierra los ojos y piensa que soy yo. Vamos a divertirnos, ¡ánimo!. Siento que el aburrimiento me está pasando...» Y llegó su amigo: alto, flaco y bien parecido; preguntó por Pippo y le dije, pase, disculpe, no tarda, siéntese, luego viene Pippo, y yo, sin saber qué hacer, mantenía las manos dentro de los bolsillos, para que no me las viera; me parecía que estaban más hinchadas que nunca. Le rogué que se sentara, pero él también se sentía incómodo, y miraba a través de la ventana. «¿Cuánto tardará?» «No lo sé, dentro de poco.» Luego, pensando en el aburrimiento de Pippo y en lo que le había prometido, envalentonándome, me le acerqué al huésped y le di un beso en la mejilla. Él me miró, como diciendo: «¡Esta mujer está loca!» pero luego, tal vez porque aquello le había agradado, dijo: «Pero entonces...», y lo abracé. En ese momento entró Pippo, sin hacer ningún ruido, me di cuenta de eso porque tengo el oído muy fino, entró en la casa como un gato y, de pronto, empezó a gritar: «¡He ahí a mi puta mujer con mi mejor amigo!» Y la andanada de golpes. Pero todos a mí, ninguno para el amigo. Me tiró al suelo y me pateó. Y tanto, que el otro, el amigo, muy espantado, intentaba detenerlo, diciendo: «¡Vas a matarla! ¡Déjala, déjala la culpa es mía!» Mientras tanto, él me jalaba de los cabellos, abofeteándome. Y luego, cuando yo pensaba que me mataría, se sacó su «naturaleza» y se me vino encima. A la mañana siguiente, estaba muy cariñoso conmigo. «Sabes, Macaca, me siento muy bien contigo. Actuaste como una diosa.» «¡Nada de actuación! Estoy llena de moretones y siento que me revienta la cabeza.» «Hace mucho tiempo que no hacía el amor así, Macaca.» Y me besaba, me besaba. Yo, que había decidido largarme, cambie de idea. Lo perdoné. Tres semanas después volvió a casa con dos amigos. Y esta vez, en lugar de dejarme sola con ellos, me agredió diciéndome que los miraba «de cierto modo». Yo no los había visto para nada, pero me llamó mentirosa y, sin decir nada más, me dio un bofetón que me hizo girar la

cabeza. Los dos amigos querían detenerlo, pero era precisamente eso lo que él quería. «Me voy», dije al día siguiente, pero viéndolo tan feliz, tan tierno y tan cariñoso después de darme el bofetón, pensé que eso se le pasaría, que no volvería a hacerlo. Mientras tanto, deja de beber, está contento, trabaja bien, me llena de regalos. Por desgracia, eso era sólo un modo de que yo olvidara los golpes, porque luego volvió a lo mismo. Al perder a sus amigos, con frecuencia pepenaba a gente por la calle, a veces pagándoles, para que fueran espectadores de sus bravatas. Soy católica, señora comisaria, así que fui a ver al párroco y, en confesión, le hablé de mi marido. Pero a él todo eso le pareció una broma. «¿Te quiere bien? ¿Es fiel contigo? ¿Te falta algo...? Sopórtalo entonces, hija mía. Los hombres tienen extrañas ideas en materia de sexo; es preciso soportar...» Pero a Pippo no le bastaba con que sus amigos lo vieran hacer sus cosas, ahora quería que los demás gozaran haciendo lo mismo que él, y me «ofrecía» como si yo fuera vino. «Quiero que ellos gocen de tus bellezas, Macaca; de lo contrario, sería como comer a solas las cosas más buenas del mundo. Siento la necesidad, llamémosla cristiana, de compartir, de partir mi pan con los pobres papanatas que no saben lo qué es la abundancia, el gozo, la generosidad.» Me tenía aturdida, señora comisaria; ya no entendía nada, yo ya no era yo, y pensaba que acaso era cierto que me ofrecía a los demás por pura generosidad. En nuestra casa había siempre gente desconocida, tanto hombres... «Pippo, ¿por qué no invitas a una mujer?», le decía yo con frecuencia. Pero él se indignaba: «La mujer eres tú, la única. No soportaría ver en esta casa a otras personas del sexo opuesto.» Me ofrecía a conocidos y desconocidos, para luego golpearme y hacerme el amor delante de todos. Al día siguiente, se levantaba temprano y me hacía el desayuno, me lo llevaba a la cama, me apapachaba, me besaba, me decía: «Eres maravillosa, Macaca. Siempre te amaré.» Pero aquella cosa se había vuelto demasiado amarga para seguir tragándola. Y una noche, en medio de una «fiesta», sentí que ya no podía seguirle el juego. Le di un empujón a uno que no conocía, que se me restregaba; me dirigí a la cocina como una sonámbula, agarré el primer cebollero que vi a la mano y fui a donde estaba mi marido. Cogí en mi mano su miembro y se lo corté de un tajo. Pippo me miró, incrédulo, sonriente, borracho, y dijo, tartamudeando: «¿Qué te pasa, Macaca?», y luego se desmayó. Cuando vi la sangre que chorreaba, me di cuenta de que aún tenía en la mano el pedazo de carne cortada, y lo lancé por la ventana. Los invitados desaparecieron en un instante, algunos huyeron de ahí, otros fueron a recoger el pedazo cortado, y después de guardarlo en una bolsita con hielo, corrieron hacia el hospital, llevando a Pippo, desmayado. Parece que se lo cosieron y ahora está mejor que antes. Pero no me dejan verlo. El abogado dice que fue «legítima defensa», yo no sé, no sé nada de eso, el hecho es que no puedo dormir, me faltan los abrazos de Pippo. Para tener los abrazos de Pippo ¿tengo que soportar los golpes, señora comisaria? ¿Cree que darán prisión perpetua? «No lo creo.» ¿Cree que me dejarán verlo, aunque sea de lejos? Yo ya le perdoné todo a Pippo, menos que me haya hecho soportar esos dolores. No puedo, ya no puedo... Si pienso en el amor, pienso que es lo mismo que el dolor... Ahora vivo como una monja, y me va

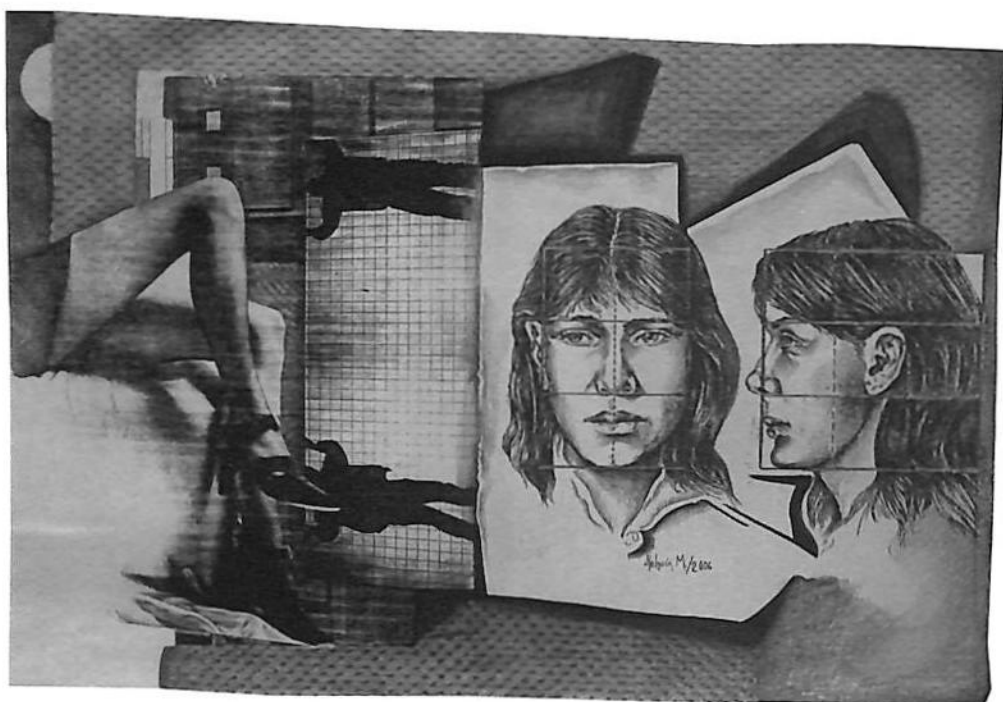
bien; pero ¿qué puedo hacer señora comisaria, si en cuanto me despierto vuelvo a pensar en las patadas que me daba, y me pongo a llorar de alegría? —No llore más, por favor... Ya verá que le van a dar la pena mínima. Usted volverá a su casa y hallará el cuerpo de él sin malos deseos. Déjelo respirar, descansar, confíe en él, porque es más sabio de lo que usted piensa.

—¿Lo cree realmente?

—Así lo creo.

—Gracias, comisaria. Hasta la vista.

Adela Sofía la mira levantarse de la silla y dirigirse hacia la puerta. Es una mujer alta, rubia, de hombros más bien estrechos, como de niño triste. Sin embargo, su mirada es cándida y amable. «Se las arreglará», piensa, llevándose a la boca una pastillita de regaliz.



DACIA MARAINI NACIÓ en Florencia, Italia, en 1936. Después de vivir ocho años en Japón, escribe su primera novela, *Las vacaciones* (1962), con la cual empieza su gran éxito literario, que, desde entonces, no se ha apartado del escándalo. En 1963 ganó el premio internacional Formentor con *La era del malestar*, su segunda novela. Desde un principio, su narrativa lucha por una reivindicación del mundo de la mujer contemporánea. A fines de los años sesentas, su feminismo se radicaliza. En sus siguientes novelas —*De memoria* (1967), *Mi marido* (1968), *Memorias de una ladrona* (1972), *Mujeres en pie de guerra* (1974), *Cartas a Marina* (1981), *El tren hacia Helsinki* (1984)—, no dejamos de ver a mujeres combativas, descritas mediante un lenguaje más pop e introvertido que naturalista. También ha escrito libros de poemas —*Crueldad a la intemperie* (1966), *Mis mujeres* (1974), *Cómeme, pues* (1978)—, y podría decirse que sus versos son la quintaesencia de sus historias. LC